

LA NACION[®]

DIGITAL

San José, Costa Rica.

Domingo 19 de octubre, 1997

[El País](#) [El Mundo](#) [Deportes](#) [Viva](#) [Revista Dominical](#) [English & Weather](#)
[Opinión](#) [Elecciones 98](#) [Economía & Negocios](#) [En Forma](#) [Ancora](#) [Zurquí](#)

OPINION

Artículos de Opinión:

¿Qué podemos hacer?...

[Portada](#)

[La Nación Digital](#)

[Cartas](#)

[Anuncios Económicos](#)

[El tiempo](#)

[Tiras cómicas](#)

[La Gaceta en breve](#)

[Obituario](#)

[Anuncie en La Nación](#)

Jaime Ordoñez

Los partidos políticos de Costa Rica no deberían alegrarse demasiado por el resultado de las últimas encuestas en relación con el abstencionismo. Es muy posible que, conforme pasen las semanas y se acerque la próxima elección, el porcentaje de ciudadanos indecisos (o que declaran su intención de votar nulo) se reduzca y se acerque a los límites históricos del 15 por ciento al 20 por ciento. Ello no significará, sin embargo, que haya una absolución o un perdón histórico y que --de la noche a la mañana-- la ciudadanía haya olvidado los desaciertos y los grandes males académicos que nuestra clase política arrastra desde hace años. Significará, simplemente, que --a pesar de los pesares-- los costarricenses siguen creyendo en el sistema y que



[Suscríbese a La Nación](#)

[Servicios](#)

[SuperSite](#)

[Archivo Digital](#)

[Correo a La Nación](#)

[Teléfonos de Emergencia](#)

han decidido apostar por sostenerlo, por darle un poco más de aire (como quien mantiene con vida a un enfermo moribundo) en espera de que, en algún momento, aparezca el remedio para curarlo en forma definitiva y esencial, o el exorcista capaz de sacarle sus demonios (sea dicho lo anterior en forma más literal que metafórica).

Este hecho fue explicado hace varios años por Mitchell Seligson, en su ya conocida distinción sobre el apoyo difuso y el apoyo específico. El primero, el difuso, se refiere a la adhesión que genera el sistema político en general (el modelo eleccionario de la democracia representativa, por ejemplo) y el segundo, el específico, se refiere al apoyo concreto y nominal con el que se benefician los partidos políticos, las agrupaciones, los políticos y las personas que forman parte del modelo político. En las democracias que funcionan bien (generalmente pocas y por poco tiempo) los dos niveles de apoyo son altos e importantes. Cuando las cosas empiezan a deteriorarse (cuando hay crisis de representatividad, por ejemplo, como en el caso de Costa Rica) la tendencia es que el apoyo específico se debilita, es decir, la gente deja de creer en los políticos, sospecha de ellos, reniega de ellos. Y, sin embargo, los ciudadanos continúan votando, participan de las elecciones, porque todavía creen en el sistema, es decir, todavía existe el apoyo difuso.

Probablemente algo así está sucediendo en Costa Rica. Y, justamente por esta razón, los partidos políticos no deberían llamarse a engaño y aceptar que estamos viviendo una hora particularmente oscura de nuestro sistema de representatividad política.

¿Qué podemos hacer los ciudadanos? Sirvan estas líneas para formular un brevísimo plan de trabajo: el problema de los últimos tiempos de la clase política en Costa Rica está causado, en muchos casos, por la ausencia de ideas, por el desgaste de los proyectos ideológicos, por la corrupción o por la ineptitud. Es cierto. Sin embargo, el problema realmente de fondo es más bien simple: nuestro deficiente sistema electoral. Costa Rica posee un sistema electoral cerrado, que no facilita la democracia representativa y que impide la participación ciudadana. A pesar de las reformas de meses pasados --en asuntos más cosméticos que sustanciales-- se trata de un sistema de representación que sirve para perpetuar la cadena de vicios apuntados y

monopolizar, como siempre, el poder político.

Si la elección de 1998 nos agarró, una vez más, desprotegidos, con el mismo sistema antiguo, es urgente planear los cambios que requiere buena parte de nuestra legislación electoral y política de cara al 2002 y los años venideros. Aquí algunos aspectos esenciales, que deberá tener esa reforma.

Eliminar el mecanismo de votación por plancha para diputados y municipales. El ciudadano está cansado del voto por arrastre. Independientemente del voto por la papeleta de presidente, el sistema electoral le debería dar autonomía para que no le impongan los diputados y municipales de la lista del partido, sino tener oportunidad de escogerlos mediante un sistema abierto y competitivo. Para ello, los circuitos electorales deberán ser independientes y autónomos.

Promover la votación diferida para los gobiernos municipales (y la mitad de los miembros del poder legislativo). La elección de medio período, por ejemplo, ha probado en muchos lugares del mundo ser un mecanismo efectivo para controlar a los gobernantes, llamarlos a cuentas, e imponer la decisión ciudadana sobre los equivocados rumbos de un gobierno. Siempre fortalece la democracia.

Realizar una transferencia efectiva de competencias a las municipalidades y los gobiernos locales. Una pequeña revuelta de ciudadanos independientes se está gestando en esta elección, que aspiran a puestos de elección cantonal en diversas municipalidades (Curridabat, Santa Ana, Alajuelita, Escazú, etc.) En caso de que obtuviesen mayoría sobre los grandes partidos --lo cual es difícil por el voto de arrastre-- se encontrarán con gobiernos locales cojos, con transferencias parciales de competencias (tributarias, pero no administrativas, por ejemplo) que les impedirá un ejercicio efectivo del poder.

La introducción de la figura del plebiscito y el llamado a cuentas ciudadanos. Nuestra democracia es meramente eleccionaria, se reduce a votar cada cuatro años. El sistema político debe buscar mecanismos de control que permitan la acción ciudadana cuando se rompe el acuerdo o el contrato de gobierno en temas específicos.

El impeachment político y la aplicación efectiva del delito del enriquecimiento indebido en la función pública. El Parlamento debería estar en condiciones de llevar a un juicio político (y en ocasiones impulsar al proceso penal) a aquellos funcionarios públicos que, en forma evidente, acrecieron su capital por encima de lo razonable en cuatro años de funciones. América Latina y Costa Rica son, desafortunadamente, pródigas en casos como estos.

Esta lista es meramente indicativa, desde luego, y es solo una pauta del enorme cambio que demanda nuestro sistema electoral. Una de las principales tareas de los ciudadanos en esta elección es preguntarles a nuestros aspirantes políticos si están dispuestos a realizar esa transformación, es emplazarlos en forma franca y directa sobre la democratización de nuestro sistema. Como ciudadanos, tenemos que forzarlos y reclamarles esas reformas. La tarea no es fácil pues cerrar la llave del cambio ha sido la forma más fácil de ejercer el monopolio bicéfalo del poder que vivimos hace años. Sin embargo, aquel sector de la clase política que lo haga volverá a ganar ese apoyo específico de que hablaba Seligson. Ganará el favor popular. Como decía la gente de antes, entonces habrá en quién creer.

© 1997. LA NACION S.A. El contenido de La Nación Digital no puede ser reproducido, transmitido ni distribuido total o parcialmente sin la autorización previa y por escrito de La Nación S.A. Si usted necesita mayor información o brindar recomendaciones, escriba a webmaster@nacion.co.cr

Ediciones Anteriores:
